

nización como ya colonizaron ellos al crear la “Casa Paquín”, de origen salamanquino. Gran patio de labranza el de la calle de la Trinidad cuando venían de rodeo los sábados que les tocaba.

6º Félix Rubio Córdoba, Secretario de la Junta, nieto de Esteban Córdoba, hijo de la Paz.

Conocí mucho al bondadosísimo Esteban en los zurrillas dominigueros de mi casa. Por aquel tiempo 1910-1911, le hicieron jefe del almacén de la estación y se fue a vivir a la casa que hizo don Joaquín en la calle de la Luna esquina a la Cruz Verde con entrada por el chaflán, mirando oblicuamente a la portada de Narciso Sierra.

Por ese mismo tiempo vino de El Romeral como mozo un tal Escudero, creo que Filiberto de nombre, y fue a vivir a esa misma casa. Enviudó Esteban allí mismo quedándose con la Paz y Pepe y se cambió de casa viniéndose por los alrededores del Chimeneón para el resto de su vida. Escudero creó aquí también una de las clásicas familias ferroviarias de heterogénea movilidad.

7º Amalirico, Presidente del que se hablará en el libro siguiente por falta de espacio y de los dos últimos, Lozano y Vázquez, Vicepresidente y Tesorero que se me escapan por haber generaciones intercaladas que no he conocido.

AMALARICO, REY

Me figuro a mi amigo José María Santiago, uno de los pequeños de José el Cuco, sentado en la banca de su cocina tradicional recibiendo las oleadas de calor de su lumbre mientras revuelve las hojas de un epitome de historia, buscando el nombre único para su hijo que había nacido el día anterior.

Era la época en que los padres se recreaban y entretenían en buscar nombres singulares para sus hijos recién nacidos y éste, un poco sordillo por las otitis del sarampión, solía sonreír y poner ojos alegrillos cuando encontraba un nombre que le parecía desconocido de todos los buscadores y podría singularizar a su hijo, sin pensar que llegaría a ser Presidente del Casino, que es lo más que se podía llegar entonces, cargo que estaba por encima del de Alcalde.

Con igual acierto que su padre, Amalarico ya podría serlo todo en el pueblo, porque era único de verdad y nada más nombrarle se volvía todo el mundo a mirar y se quedaban pensando:

—¡Anda con Dios, hombre!

Después se ha puesto gafas como digo antes, que no sé por dónde le vienen porque de Virginio no, que le obligan a levantar un poco la cabeza.